

las dos Rosas. Apremiado por la necesidad Felipe el Hermoso, alzó ó bajó arbitrariamente el valor de la moneda y llevó á la hoguera á los templarios; Enrique VIII despojó á la Iglesia y envió á sus lores al cadalso. Los emperadores emplearon medios rentísticos análogos: tomaron el oro, allí donde se hallaba, entre los ricos, y para no errar el golpe, tomaban al mismo tiempo sus cabezas. Por espacio de siglos aseguró así sus rentas el imperio otomano. Reyes, sultanes y emperadores eran inducidos por una mala organización del Estado á asesinar para robar.

Antes de echar mano de la ley de lesa majestad para arreglar sus cuentas, se valió Nerón de otros recursos. Adoptando la idea de Sila de que la moneda es un signo cuyo valor depende de la voluntad del Estado, disminuyó el peso del áureo (1), talló noventa y seis denarios de plata á la libra en lugar de ochenta y cuatro y dobló la aleación, 10 por 100 en vez de 5. Era una ganancia módica y lenta y Nerón la quería mayor y más rápida. Para la reedificación de Roma, había solicitado, ó mejor dicho, exigido donativos á los particulares y á las provincias; pero no bastando esto, dió al pillaje en todo el imperio las propiedades públicas, por lo común mal defendidas.

Efectivamente, en Grecia y en Asia, arrancó ó hizo arrancar de los templos las ofrendas preciosas y las imágenes de los dioses (2). En Roma, tomó todo el oro que el pueblo romano, en sus prosperidades ó infortunios había consagrado á sus dioses tutelares: hasta hizo fundir las estatuas de los penates. Después del robo, el impuesto: el genio fiscal que debía mostrarse un día tan inventivo, le reveló una nueva fuente de recursos. Dió edictos suntuarios; prohibió el uso de los colores de púrpura y violeta; después excitó por debajo de cuerda á los comerciantes á que los vendieran, y entonces confiscó los bienes de los que los compraron. Otro medio le sirvió para hacer moneda, la caza de testamentos, declarando que los bienes de los testadores que se hubieran mostrado ingratos con el príncipe, quedarían en provecho del fisco. Pero ¿dónde comenzaba y dónde concluía la ingratitud? Un pretor por cuya cuenta representó con otros actores, le pagó su papel con un millón de sestercios; sin duda en la misma proporción quería que le hicieran los legados. En cuanto á la ley de lesa majestad, sirvió sobre todo después de la conspiración de Pisón el año 65.

#### IV. - LAS CONSPIRACIONES Y EJECUCIONES. - SÉNECA. - LUCANO. - TRASEA. - EL STOICISMO.

Desde que los hombres más honorables de la ciudad se asociaron para asesinar al primer César y otros para vengarlo y ocupar su puesto, había habido siempre en Roma la conspiración secreta de los pretendientes ó de los republicanos y la conspiración pública de la elocuencia. La declamación retórica, ó la retórica declamatoria, que constituía el fondo de la educación romana, extraviaba los espíritus mostrándoles el pasado bajo engañosos colores y haciendo á los hombres de letras enemigos del presente. Los adversarios del régimen imperial, eran, según su tem-

(1) Según Letronne, el áureo de César pesa en granos 125,66; el de Nerón, 115,39. Plinio dice (XXXIII, 3, 4) que Nerón redujo el áureo hasta  $\frac{1}{15}$  de la libra; pero este sería un peso de 7 gr. 280, y ninguna moneda de oro de este emperador baja tanto (Saglio, *Dic. de Ant.* palabra *Aureus*).

(2) Este sacrilegio causó un tumulto en Pérgamo, cuyos habitantes se opusieron á que un liberto de Nerón se llevara las estatuas y los cuadros (Tácito, *Ann.* XVI, 23). Rodas hizo lo mismo (Dion Cris. *Orat.* 31).

peramento, sus vicios ó sus virtudes ó el estado de su hacienda, descontentos que odiaban el poder, ambiciosos que pretendían escalarlo, republicanos que ansiaban destruirlo.

Hemos visto en la historia de Tiberio cuantos pretendientes aspiraban al imperio. Cada reinado tuvo los suyos, y así sucederá hasta Diocleciano y mientras dure esta monarquía militar. Los hemos encontrado ya bajo el imperio de Nerón; á lo menos Tigelino hizo dar muerte en este concepto á Sila y á Plauto; todavía vamos á ver otros y á buen seguro no los conocemos todos. En cuanto á los republicanos, ya hemos dicho que eran más numerosos en tiempo de Tiberio que en el de Augusto y muchos más serían sin duda en el de Nerón. Pero es preciso entenderse sobre la república que se quería: no era el libre Estado, en que cada ciudadano, soberano en el foro, hacía la ley, que al momento obedecía religiosamente. Nadie pensaba en los hijos de los vencedores de Anibal en aquel populacho trapajoso y miserable que no conservaba de su realeza más derechos que el de impacientarse en el Circo, cuando tardaba Nerón en hacer la señal para los juegos, y que callaba cuando el príncipe le arrojaba por la ventana su servilleta en señal de haber acabado de comer (3). Los caballeros que no tenían ya el pingüe negocio del impuesto ni la judicatura criminal, no figuraban más en las preocupaciones de los políticos.

No sucedía lo mismo con el senado. Los magnates arruinados gustan de que se les vea de lejos. El día siguiente de la batalla de Accio, no había ya veneración para aquel senado de azar en que cada victoria había hecho ingresar afortunados aventureros. Pero cuando encontraron los espíritus en el tiempo corrido el punto de perspectiva necesario, cuando durante los ocios de cinco principados, miraron atrás hacia aquellas épocas felices que no habían conocido tiranos histriones ó imbéciles, los ojos y los recuerdos se fijaron en aquellos Padres conscriptos que habían domado á Italia y sometido el mundo entero. Entonces pareció la curia el templo de la sabiduría, el senado vino á ser un ídolo y Lucano lo llamó el *Orden venerable*. Los emperadores, advenedizos de ayer, trataron bastante mal á este orden haciéndole cometer toda clase de indignidades con todo género de atenciones y respetos exteriores.

Sin embargo, era un gran nombre y se creía que se podría aun hacer de él una gran cosa, sólo con poner la realidad bajo las apariencias, haciendo que el príncipe, como lo indica su título, no fuera más que el primero del senado. Es lo que se había querido hacer á la muerte de Cayo y lo que se quería hacer todavía en vida de Nerón. Las ideas de revolución no iban más lejos. Así parecerá que los Antoninos lo habrán hecho con los miramientos y respetos que guardarán á la asamblea, y su popularidad dependerá de esta política, tanto como de sus virtudes.

Nerón, al contrario, hacía público alarde de su desdén y aun de su odio al senado, siguiendo el ejemplo de Calígula, que no fué menos insolente. Hasta se le suponía la intención de abolirlo, y permitía con mucho gusto que uno de sus aduladores dijera: «Te aborrezco, porque eres senador.» No es pues maravilla que muchos Padres conscriptos se lanzaran á la conspiración de Pisón «que fué poderosa luego de iniciada.»

Tácito no se explica sobre los proyectos ulteriores de los conjurados: unos hablaban de la libertad y del senado, otros de un nuevo emperador; ello es lo cierto que la indig-

(3) El presidente de las carreras tiraba desde lo alto de un balcón un pañuelo blanco á la liza, dando así la señal de la partida (Friedländer, t. II, p. 212).

nación inspirada por el tirano en la alta sociedad romana, enardecía en todos los ánimos el deseo de desembarazarse de él; que se intentaría la revolución por los que tenían interés en hacerla, es decir por el senado, y que se haría en provecho suyo; que en su consecuencia, sin suprimir al jefe, representante de la unidad del poder, cuya necesidad se reconocía generalmente, se tomarían precauciones para subordinarlo á la asamblea.

Estos conjurados no eran hombres de la edad de oro ni de virtud antigua: en sus casas se encontraban tantos vicios y vergonzosos desórdenes como en el palacio imperial, y no más conocimiento de las verdaderas necesidades del país. El corifeo de esta intentona era Pisón, de la ilustre familia de los Calpurnios. Tenía condiciones que en aquel tiempo seducían á la multitud y no excitaban aún la envidia: muchas riquezas, nobleza notoria y afabilidad de trato y de maneras. Era compasivo con los pequeños, á quienes defendía en los tribunales, á ejemplo de los patronos de los antiguos días; accesible hasta á los desconocidos, y ni el más humilde se separaba de él sin socorro ó á lo menos sin consuelo. Fuera de esto, amaba el lujo y los deleites como todos los de su clase, sin escrúpulos sobre los medios de alcanzar estos goces, y deseaba también como ellos, subir al primer puesto, sólo por la mezquina ambición de no estar en el segundo. Consentía con mucho gusto que se le elevara á este alto puesto, pero no quería tomarse el trabajo de conducir por sí mismo la empresa.

La conspiración era, sobre todo, militar. Nerón había dividido el mando de los guardias entre dos prefectos; entre Tigelino, su favorito, y Fenio Rufo, á quien se dejaba en las sombras. Este que quería salir de ellas, había seducido tribunos, centuriones y hasta soldados, indiferentes á las cuestiones políticas, pero algunos avergonzados de la degradación del príncipe, y muchos ganosos de un cambio simplemente por cambiar, ó por obtener alguna ventaja. Detrás venía la multitud de los arruinados y de los descontentos, reclutas ordinarios de motines y conspiraciones.

En el número de los senadores comprometidos se contaba uno de los cónsules electos, Plaucio Laterano (1), el único acaso que pensara en alguna reforma constitucional. Séneca la conoció (2), y no había ya seguridad para él sino en la muerte de Nerón, que había querido envenenarlo. Sin aceptar una parte activa en la ejecución, se prometió acaso explotar en su favor la buena voluntad que muchos conjurados le mostraban. Una vanidad de poeta ofendido trajo también á la conjuración á su sobrino Lucano. El autor de la *Farsalia*, que en su poema, tan fácilmente deja á un lado la historia verdadera, como en su vida, el compañero de juegos, el favorito de Nerón, dejaba á la puerta del palacio las altivas máximas del cantor de Catón, Lucano, por buen cortesano que fuera, no había podido sin embargo resignarse á lisonjear la malhadada manía de Nerón y reconocer el imperio de los versos en el que ya tenía el imperio del mundo. Nerón le prohibió hacer lecturas públicas de sus obras, y el despecho recordó al poeta los nombres de Bruto y Casio. Lucano tomó el papel que ya desempeñaron ellos: veremos cómo lo desempeña él á su vez.

Una mujer, que entraba también en el complot, Epicaris, quiso atraer á un chiliarca ó capitán de la flota de Miseno,

(1) El magnífico palacio de este romano hubo de servir de residencia á algunos emperadores. Constantino se lo regaló á los papas (Bunsen, *Beschr. der Stadt Rom.* III, 1, 469).

(2) Tácito, (*Ann.* XV, 61, 65) no asegura la complicidad. Dion (LXII, 24) no la pone en duda. Un verso de Juvenal hace alusión sin duda á ella: *Quis tam perditus ut dubitet Senecam proferre Neroni?* (Sat. VIII, 211).

y este hombre la traicionó; pero la brava mujer lo negó todo y quedó á salvo el secreto. Los conjurados, sin embargo, comprendieron que se les iba á las huellas y que era preciso precipitar el golpe y propusieron á Pisón que él mismo matara al príncipe cuando fuera á visitarlo sin escolta, como acostumbraba, á su quinta de Bayas. Pisón se negó á esto, temiendo que una vez dado el golpe en Bayas, se le anticipara en Roma algún ambicioso ó el mismo cónsul Vestino que procuraría acaso restablecer la república. Con esto, se aplazó la ejecución para el día de los juegos del Circo, y el



Séneca (3)

senador Flavio Esceveno solicitó el honor de asestarle el primer golpe.

La víspera del día señalado hizo Esceveno su testamento y encargó á su liberto Milico aguzar bien un puñal que había tomado de un templo de Etruria y creía él destinado á servir de instrumento para alguna noble empresa.

Después dió un gran festín á sus amigos, la libertad á sus esclavos más queridos y dinero á los demás. Pero tuvo la mala idea de encargar también al mismo Milico que preparara todo lo necesario para vendar heridas y restañar la sangre, y estas misteriosas prevenciones hubieron de despertar las sospechas del liberto, el cual se deslizó en palacio y lo descubrió todo.

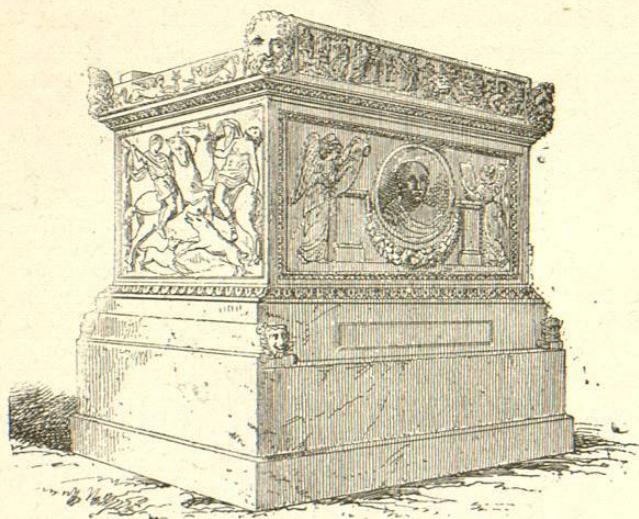
Mandado llamar Esceveno con urgencia, se presentó con aparente calma y todo lo negó. Pero había tenido una larga conferencia con otro conjurado, Antonio Natalis, é interrogados separadamente se embarazaron y contradijeron, y sometido este último á cuestión de tormento, hizo al fin

(3) Estatua de mármol, encontrada en Túsculo (Museo Campana, Escamps, *op. cit.*, núm. 73).



revelación completa mentando en ella á Pisón y á Séneca. Advertido Esceveno de las revelaciones del otro, nombró á su vez á los demás y entre ellos á Tulio Seneción, Afranio Quintiano y á Lucano. Lucano denunció á su propia madre Acilia, y los otros dos á sus mejores amigos, Glicio Galo y Asinio Polión.

¡He ahí el heroico valor de aquellos ilustres, altivos y fieros republicanos! En el tormento, antes de la menor violencia, pierden toda dignidad, y á trueque de salvar su vida entregan al verdugo á sus amigos, á sus deudos, á su propia madre alguno. ¿No es Lucano tan parricida como Nerón? Y con circunstancias agravantes: su madre era inocente (1). ¡Cuánta cobardía y vileza y deshonor habían hecho entrar en las almas al parecer mejor templadas el despotismo y la



Sepulcro de Séneca, en la vía Apia (2)

corrupción! Nunca, jamás había estado tan bajo el nivel moral del mundo.

Una mujer, una cortesana pudo avergonzar á aquellos indignos romanos dándoles ejemplo de valor. Epicaris estaba aún encerrada en su prisión, Nerón mandó que se desgarrara su cuerpo en la tortura; pero ni el látigo, ni el fuego, ni ninguno de los medios que inventara para atormentarla más y más la ingeniosa rabia de los verdugos irritados con la brava resistencia de la mujer, fueron parte á arrancarle la más ligera revelación.

El día siguiente como la condujeran de nuevo á la tortura en una litera porque tenía rotos sus miembros todos, se echó un lazo al cuello en el camino y se estranguló.

Algunos soldados mostraron también en esta ocasión un resto de las antiguas virtudes. Hubo de preguntar Nerón á uno de los centuriones conjurados por qué había conspirado contra él. «No tenía mejor servicio que prestarte, después de los crímenes de que estás cargado», le contestó audazmente el centurión. A la misma pregunta, contestó igualmente el tribuno militar Subrio Flavio: «Ninguno de tus soldados te fué más fiel que yo, mientras mereciste estimación; pero ahora te aborrezco porque eres un parricida, un incendiario, un histrión.» Conducido á un campo donde se abría una fosa muy estrecha: «Ni eso, dijo, ni eso saben hacer.» El tribuno encargado de decapitarlo, le recomendó que estirara bien el cuello. «Mátame bien», le dijo con mucho sosiego. Los demás centuriones sufrieron la misma suerte sin flaqueza. No así muchos senadores.

Habiase instado á Pisón para que intentara algún golpe

(1) A lo menos, nada se probó contra ella, y Nerón la olvidó.

(2) Restauración de Canina, la *Prima parte della via Appia*, p. XVIII.

atrevido, como arengar al pueblo, á los soldados, ó á lo menos arrojarse á los azares de una lucha desesperada, pues del emperador no había que esperar más que la muerte. Pero estos esfuerzos espantaron al indolente patricio, que era ya actor, como Nerón, y acaso hubiera gobernado como él. Escribió en un codicilo grandes elogios del emperador y esperó que los soldados le trajeran la orden de abrirse las venas. El prefecto del pretorio, Fenio Rufo, manchó también su testamento con cobardes é inútiles lamentaciones.

El cónsul Vestino tuvo más valor. Estaba sentado á la mesa, cuando llegaron los soldados preguntando por él: se levantó de la mesa y siguió al tribuno á un aposento donde ya esperaba el médico. Este le cortó las venas, y el condenado á muerte, lleno de vida aún, se dejó meter en un baño caliente donde acabó sin proferir una palabra.

Laterano, el cónsul electo ó designado, se negó á hacer ninguna revelación. Epafrodito, enviado por Nerón, sólo obtuvo esta respuesta: «Cuando tenga algo que decir, se lo diré á tu amo mismo, no á su liberto. — Considera que te llevarán á una prisión. — ¿Y he de ir llorando? — Acaso te destierren. — ¿Quién puede impedirme que vaya alegremente? — Serás condenado á muerte. — No es una razón para llorar. — Cargadlo de hierros. — En ellos seguiré siendo libre. — Voy á mandar que te corten la cabeza. — No he creído nunca que mi cabeza tenga el privilegio de no poder ser cortada.»

Con esto, se le condujo al suplicio. El tribuno encargado de darle muerte era de la conjuración. Laterano le ofreció la garganta sin decir una palabra. El primer golpe no hizo más que mal herirlo; el desgraciado movió la cabeza y la volvió á poner mejor para que se la cortaran.

Séneca no podía morir tan sencillamente. Con toda su prudencia y filosofía hubo de negarse á figurar en primera línea entre los conjurados, pero parece ser que algunos de ellos tenían el proyecto de desembarazarse del tirano por medio de Pisón y luego de Pisón para dar el imperio á Séneca. Séneca volvió en efecto de la Campania para el día de la ejecución del plan y se detuvo en una quinta á cuatro millas de Roma, cuando el emperador, impelido por Popea, le hizo saber las revelaciones de Natalis.

A la vuelta del mensajero, le preguntó Nerón si el culpable se había hecho justicia á sí mismo. «No piensa en ello», contestó el tribuno. Entonces lo volvió á enviar con orden expresa de muerte.

Séneca la recibió sin emoción y quiso que le llevaran su testamento. A la negativa del centurión, puso á sus amigos por testigos de la imposibilidad en que se veía de reconocer y recompensar sus servicios. «Pero os lego, añadió, el ejemplo de mi vida.» Y como prorumpieran en lágrimas: «¿Dónde, amigos míos, les dijo tranquilamente, dónde está aquella filosofía, aquella razón que después de tantos años ha debido prepararos á todos los golpes de la suerte?»

Paulina, su esposa, no quería sobrevivirle, y Séneca combatió al principio su resolución; luego entró en cuidado á la consideración de dejarla expuesta á todos los ultrajes. «Te he mostrado, le dijo, lo que podía hacerte grata la vida, y tú prefieres el honor de morir. No me siento celoso de tanta virtud.»

El mismo hieiro les abrió las venas á los dos. Pero como la sangre corría lentamente, Séneca se hizo abrir también las venas de las piernas. Su elocuencia no lo abandonó hasta el último momento y llamando á sus secretarios les dictó un largo discurso.

La muerte se retardaba á pesar de todo, y tomó la cicu-

ta que fué completamente ineficaz. Entonces los soldados le dieron prisa á acabar, entró en un baño caliente, y como el maestro de Platón, en la prisión de Atenas, había vertido algunas gotas de veneno en honor de la divinidad, roció á sus esclavos con un poco de agua, ofreciendo esta libación á Júpiter Libertador. Séneca quería ser el Sócrates romano. Si no lo había sido por su vida, iba á venir á serlo por sus obras.

Paulina, cuyas heridas fueron vendadas por los emisarios de Nerón, vivió aún algunos años, pero conservando una palidez mortal que recordaba su sacrificio.

Lucano, cuya odiosa delación no le sirvió al fin de nada, había recibido también la orden de morir Nerón dejaba á su elección la muerte. Ante todo escribió una carta á su padre recomendándole que hiciera ciertas correcciones en su poema, comió abundantemente y tendió luego los brazos. Un médico le cortó las venas. Cuando sintió que el frío invadía sus miembros, se puso á declamar los versos de la *Farsalia*, en que había pintado la muerte poco más ó menos semejante de un soldado. Aquellos hombres que no tenían firmes creencias en el corazón, morían teatralmente, aun los mejores, tomando actitudes ante la muerte como los gladiadores en la arena.

Lucano es uno de los hombres populares de las letras latinas, y sin embargo su obra no tiene nada de eso. La *Farsalia* era un magnífico asunto, el más trágico que un poeta patriota pudiera elegir, como quiera que se trataba del acontecimiento más considerable de los antiguos tiempos: la muerte de la república y el nacimiento del imperio. Sostenido por la historia, que le daba grandes hombres, grandes cosas, contrastes de costumbres, de ideas, de ambiciones, el autor no tenía necesidad de vaciedades mitológicas ni de los recursos ordinarios en las epopeyas de convención.

Mas para tratar semejante materia era menester una madurez de espíritu que faltó necesariamente á un poeta de 25 años. Carecía también de gracia, de sentimiento y de naturalidad, porque la naturalidad, que parece ser atributo de los no deslumbrados todavía por los falsos esplendores de la vida, es en el arte uno de los últimos dones de la Musa. Como suele suceder en la juventud que hay quien ahueca la voz y fuerza los músculos para hacer creer su virilidad, Lucano quiso ser nervioso y fuerte. La *Farsalia* tiene en efecto versos que parecen salir de una trompeta de bronce, y se siente circular por todo el poema una savia demasiado fuerte que da vástagos vigorosos, pero no deja que se abran esas suaves y delicadas flores que brotan al dulce y cálido aliento de Virgilio. Voltaire, que por más de una razón le es favorable, dijo de su poema: «Paréceme que veo un pórtico audaz é inmenso que me conduce á ruinas.» Acaso también aquella grande historia le fué fatal. La epopeya primitiva que habla en el silencio de todos los testimonios, agranda la historia haciéndola ella misma: en los tiempos en que no quedan secretos para nadie, la historia achica á los poetas que quieren jugar con colores que ellos no han creado. Siempre se preferirá ver á César y á Catón cara á cara que en el defectuoso espejo de Lucano.

Séneca estaba al término de su vida de escritor. Lucano comenzaba la suya: esta doble muerte debe añadirse á los crímenes cuyo recuerdo pesa sobre la memoria de Nerón. Después encontraremos al filósofo, y tenemos que abandonar aquí al poeta que sin duda nos habría dado algo mejor, si se le hubiera dejado vivir. Un estilo enérgico y preciso, grandes imágenes y bellos versos lo recomiendan á los hombres de letras; pero no tiene nada que darnos

para nuestro libro, porque su historia es falsa, su elocuencia sabe á la escuela y su filosofía viene del Pórtico, adonde preferimos ir á buscarla.

Acabadas las ejecuciones, los desterrados ya fuera y hechas las confiscaciones, publicó el tirano un edicto con una memoria en que se refería minuciosamente el hecho de la conjuración. Después vinieron las recompensas: 2,000 sesteracios á cada uno de los pretorianos, que desde entonces no pagarán ya el trigo de las raciones; las insignias triunfales y estatuas en el foro á Tigelino, á Petronio Turpiliano y á Nerva, y las insignias del consulado á Ninfidio; siguieron las adulaciones de los Padres conscriptos que consagraron carreras de caballos y ofrendas religiosas en hacimiento de gracias á los dioses; y el cónsul electo Anicio Cerialis quería que se erigiera un templo al dios Nerón. El puñal de Esceveno fué también una ofrenda consagrada á Júpiter Vengador, y en honor y memoria de Nerón, el mes de abril vino á ser el *mes neroniano*.

A pesar de tantas indignidades y bajezas, hay que confesar que, si fueron castigados algunos inocentes, los conjurados eran á todas luces culpables y fué justa ó legal á lo menos su condenación.

La muerte de Popea, á quien Nerón hirió mortalmente en un acceso de cólera brutal, pareció despertar su crueldad (1). Prohibió á Casio asistir á sus exequias, y poco después lo desterró. Silano, acusado de cierta complicidad con él, pero realmente víctima de su popularidad y de su origen, como descendiente de Augusto, fué relegado á Bario, adonde muy luego vió llegar á los ejecutores ordinarios, un centurión y algunos soldados. El centurión le intimó que se abriera las venas. Joven, fuerte y alentado, Silano contestó con cólera, y con esto, viniendo á las manos, se defendió, aunque desarmado, y no cayó sino como en un combate, cubierto de heridas, todas recibidas por delante.

A este siguió otro drama, no menos sangriento. El consular Antistio Vetus, suegro de Rubelio Plauto, una de las primeras víctimas de Nerón, era temido en razón de este parentesco porque los crímenes se buscan y atraen. Acusado por un hombre, á quien castigara en otro tiempo durante su proconsulado de Asia, hubo de retirarse á la ciudad de Formia y envió á su hija Polita á solicitar cerca del príncipe.

Polita había visto asesinado á su marido, y antes que los asesinos se llevaran su ensangrentada cabeza, quiso besarla por última vez, recuerdo triste y doloroso que no olvidó jamás. Conservaba la sangre de la víctima piadosamente recogida y su ropa también ensangrentada, y siempre inconsolable, vestida siempre de luctuoso traje, apenas tomaba alimento para sostener la vida.

Sin embargo, á instancias de su padre pasó á Nápoles, adonde se hallaba entonces Nerón, y como no le permitieran acercarse al príncipe, se colocó á su paso y le gritó diciendo que escuchara al inocente, que no entregara un cónsul, antiguo colega suyo, á un liberto, empleando alternativamente las lágrimas y las imprecaciones.

Todo fué inútil, y entonces volvió á decir á su padre revistiéndose de valor, que era preciso morir. Antistio Vetus no manchó su testamento con el nombre de su asesino: llamó á sus esclavos, les repartió el dinero que tenía y les permitió llevarse todo lo que pudieran, excepto tres lechos que se reservaba para sus funerales.

(1) No quiso que se quemara su cuerpo según el uso romano, sino que lo hizo embalsamar y sepultar en el sepulcro de los Julios (Tácito, *Ann. XVI, 6*).